

# Oti Rodríguez Marchante | Incómodo reflejo

A puerta fría, Xavi Puebla, 2012

**G**ANÓ el Premio de la Crítica y el de Mejor Actor en el Festival de Málaga, pero luego esta magnífica película de Xavi Puebla pasó lamentablemente de puntillas por la cartelera. Ahora, cinco años después de su invisibilidad para gran parte del público, a pesar de ser una obra maestra, puede encontrarse un motivo (absurdo, pero motivo) para su transparencia de entonces: *A puerta fría* habla con la contundencia de un matasellos de la miseria moral y laboral en tiempos de gran crisis, y eso, en aquellos terribles años de indigencia económica y ética, era lo último que uno, o sea, todos, querían meterse a ver en una sala de cine.

*A puerta fría* es probablemente el mejor retrato que se ha hecho nunca del pudrimiento de ese hilo inestable por el que camina un ‘vendedor’ en nuestra ‘Vendolandia’ actual (y no me olvido ni de *La muerte de un viajante*, de Miller, ni del terrible *Glengarry Glen Ross*, de David Mamet). Un retrato tan oscuro como sencillo, y tan cotidiano como trágico, enfocado sobre un par de días en un hotel donde se celebra una feria de aparatos de electrónica de consumo. La descripción de arranque, inmediata, del personaje que interpreta de modo magistral Antonio Dechent, estampado en un claroscuro de soledad, tabaco y whisky en un bar de carretera, es más que una premoción de los tintes de la historia que veremos.

La cámara de Xavi Puebla describe sin alardes ni subrayados el plano general de la historia, esa coreografía de saludos, de tipos con una misión, de encuentros e intercambios de tarjeta, pero también describe con enorme puntería e intensidad el plano corto, esa pesadumbre vital que el oficio deja en los rostros de esos cazadores solitarios en una selva con moqueta gastada en la que todos son carnívoros y depredadores, una sensación que atrapa en ese momento sublime en que Dechent y Nick Nolte beben separados en la barra del bar, con nocturnidad y alevosía, su enésimo whisky: no se conocen, pero se reconocen... ambos son un despojo, una radiografía del fracaso, son exactamente lo que Arthur Miller hubiera llamado un Willy Loman. Y esa elocuencia del primer plano, tan sutil pero parlanchina en la cara tensa de Antonio Dechent, que tan magistralmente refleja la soledad, el amargor (la eludida muerte de su hija), en los espejos o incluso en su contraplano, en el propio rostro de Héctor Colomé, tan íntegro y destruido, o también en el frescor de cara de María Valverde, personaje espoleta, tan lleno de vitalidad como de fatalismo, y que cierra la película en un pasillo de hotel, dándole la espalda al espectador y probablemente a su futuro.

La puesta en escena no puede ser ni más sencilla ni albergar mayor complejidad, con una atmósfera que rezuma el estado de ánimo de la trama y de los personajes, con una mezcla de angustia, poder y vulgaridad, y con un absoluto criterio de planificación, punto de vista y planteamientos morales. Incluso propone sugerencias sorprendentes, como el paralelismo de gestos, rostros y movimientos (intercambio de tarjetas, palmadas en la espalda) en la sala de la feria de vendedores y en la sala del tanatorio, ante el cadáver olvidado de un ex compañero.

Todos los actores, incluido Nolte, que probablemente no entendía muy bien su presencia en esa feria (aunque el personaje es completamente él), están más que espléndidos, salvo Antonio Dechent, que lleva a su personaje más allá de la perfección y le presta interior y estrías emocionales a ese tipo acorralado, metálico, desconfiado de sí mismo y del mundo, egoísta y, extrañamente, con corazón.